

V A R I A

† VICENTE ARANGIO RUIZ

El 2 de febrero de 1964 la ciencia del Derecho Romano ha perdido uno de sus más destacados y relevantes cultivadores. La figura del Profesor Arangio Ruiz, que llevaba con orgullo un apellido español, representa toda una fecunda etapa de nuestros estudios.

Por haber tenido la fortuna de ser su discípulo, conservo del Maestro un imborrable recuerdo. Conocí al «professore» en un día lluvioso del otoño romano de 1955, en el curso de Papirología del «Istituto di diritto romano» que Arangio, aunque ya estaba jubilado, frecuentaba compartiendo las lecciones con el titular Giuseppe Flore. Sugestionado por la fama y popularidad del «professore Arangio», me impresionó el hecho de que, apenas conocida la viva figura del Maestro, dejara de pensar en el sabio para admirar sus cualidades humanas. Mi preocupación y turbación ante los enrevesados papiros cedió pronto ante la facilidad con la que el profesor Arangio les examinaba y analizaba, presentándolo como un juego fácil y divertido. Tenía la extraordinaria habilidad de interesar vivamente al auditorio incluso en temas nada amenos; recuerdo la debatida cuestión del *iustus et legitimus tutor* que me animó a estudiar en una de las sesiones y sobre la que publiqué unas páginas en este Anuario. Pero, sobre todo, viene a mi memoria un hecho que más que ninguna enseñanza me hizo valorar las virtudes humanas del Maestro. Uno de los jóvenes estudiantes, que asistía a las lecciones de Papirología, con inconsciente petulancia se atrevió a decir a Arangio, que había realizado pacientes estudios sobre el papiro en cuestión: «Professore, Lei ha torto»; usted no tiene razón. Con gran asombro de todos, Arangio respondió con la mejor de sus sonrisas: «Forse ha ragione»; quizá tenga razón, y dedicó más de media hora del precioso tiempo dedicado al Seminario a examinar y rebatir la interpretación evidentemente errónea que el inexperto estudiante sustentaba. Aprecié en el profesor Arangio su paciencia para el diálogo con todos, incluso con los más ignorantes; su chispeante y rica conversación que jamás se convertía en monólogo, aunque el interlocutor lo instase para obtener sugerencias e ideas con las que podían iniciarse centenares de trabajos de investigación. Su casa de corso Trieste estaba siempre abierta a todos los estudiosos, a quien recibía siempre con extrema amabilidad, y como asistente asiduo a las bibliotecas —lo recuerdo en especial trabajando infatigablemente en el Instituto germánico—, estaba siempre dispuesto al abordaje más importuno.

La última vez que tuve ocasión de encontrar al «professore» fue en Florencia, el 4 de abril de 1962, con ocasión de una «tavola rotonda» del

Círculo Toscano, en la que Wieacker exponía el resultado de sus investigaciones sobre el cotejo y los estratos de los textos jurisprudenciales. Las observaciones llenas de profunda humildad de Arangio sobre la limitación de los métodos y de los resultados de las investigaciones romanísticas le llevaban a proponer una profunda revisión de medios y un replanteamiento de la crítica de interpolaciones como labor previa que tenía que realizar todo investigador. En aquel encuentro quizá presentía ya su cercana muerte, y repetía que la carga y responsabilidad de nuestros estudios recaía ahora en las nuevas generaciones de romanistas. Me contaban que este presentimiento de su muerte se hizo más vivo y acuciante cuando Juan XXIII, al entregarle Arangio el premio de la Paz, como Presidente de la Fundación Balzán, le decía con su profundo y humano conocimiento que ambos estaban ya próximos a la «grande traversata».

La obra de Arangio Ruiz como romanista y papirologo insigne, es sobradamente conocida y sus aportaciones constituyen, en la actualidad, conocimientos indispensables para nuestra ciencia. Recordemos al Arangio expositor magistral de la Historia, fielmente traducida al español por el Profesor De Pelsmaeker, y de las Instituciones; al Arangio polémico y combativo de «Le genti e la città»; al descubridor y defensor apasionado del Gayo de Antinoe, al minucioso recopilador de los *negotia*, al estudioso de los contratos consensuales y de las acciones. La Papirología, el Derecho Romano, la Historia de la Antigüedad clásica, han sufrido con la desaparición de Arangio la pérdida de una personalidad muy difícil de sustituir.

Arangio Ruiz enseñó en siete universidades italianas (Camerino, Perugia, Cagliari, Messina, Modena, Napoli y Roma), y en la egipcia del Cairo, dejando en todas ellas una huella imborrable. Fue político, como presidente del Comité de liberación de Nápoles y ministro de Justicia y de Educación Nacional, cuando la patria en circunstancias adversas lo necesitó, volviendo después, en períodos de normalidad, al *otium* sereno de sus estudios romanísticos. Director de dos revistas que suponen una etapa de progreso en la ciencia romanística, el «Bullettino dell'Istituto di diritto romano» y el «Archivio Giuridico», realizó también una importantísima labor cultural como presidente y vicepresidente de la «Accademia Nazionale dei Lincei» y, por último, como presidente del Comité de premios de la Fundación Balzán. La noche anterior a su muerte, escribió un mensaje de felicitación al romanista español Juan Iglesias, en su veinticinco aniversario con la docencia. Su último estudio por curiosa fatalidad, versa sobre la inscripción funeraria del jardín de Pompea Musa.

La figura viva y profundamente humana del profesor Arangio Ruiz estará siempre presente en la memoria de cuantos tuvieron la fortuna de conocerlo, y su apasionada y constante dedicación al estudio, servirá de ejemplo permanente para las nuevas generaciones de romanistas.